

HABLAR A PRIMERA VISTA

Xaverio Ballester
Universitat de València

OJO AVIZOR, OJO DE HALCÓN

Los hombres, al igual que nuestros parientes más cercanos en la naturaleza, somos “animales esencialmente visuales” (Arsuaga, 1999: 231) y para nosotros el significado de las cosas “está íntimamente ligado a la visión” (Martin, 1998: 71). Y es esta, en el mundo de los mamíferos, una singularidad harto llamativa. Ahora bien, también podría afirmarse que los hombres somos animales esencialmente auditivos, pues oído y sonido representan, como es obvio, un importantísimo factor en nuestras relaciones con el mundo. Más exactamente nuestra percepción del mundo es esencialmente visual, sin embargo, nuestra comunicación sobre el mundo es esencialmente auditiva. La situación, por tanto, es relativamente paradójica, por cuanto en alguna medida debemos proceder a un trasvase –o si se prefiere: a una *traducción*– de información desde un órgano a otro, desde la vista al oído, un fenómeno de sonorización de lo visual que aquí estipulativamente podemos denominar *metaestesia*. Todo un proceso que, como se verá, tiene sus implicaciones glotogónicas y glotogenéticas.

Lo cierto es que la capacidad para la visión ha sido una característica de nuestro devenir biológico desde los tiempos más priscos. Según Bickerton (1994: 192), una de las principales características de los primates tuvo indirectamente gran importancia para la adquisición del habla merced a la aparición de estímulos extras para el desarrollo cerebral. De hecho, la agudeza visual estereoscópica de los primates es proverbial entre los mamíferos. La mayoría de los mamíferos presenta los ojos casi opuestos a ambos lados de una cabeza alargada. Su campo visual tiene un radio considerablemente amplio, pero, a cambio de esto, su percepción de la profundidad y definición de los objetos es magra. En ese sentido, una oveja o un caballo son relativamente miopes en comparación con nosotros, que en compensación olemos y oímos mucho menos que ellos. La visión de un caballo está básicamente diseñada

para tener vigilados a sus depredadores, de modo que casi puede ver lo que está a su espalda aunque apenas vea lo que tiene justo enfrente.

En términos absolutos la visión aguda presenta grandes ventajas y quizá entre los mamíferos fueron los simios las primeras criaturas en disfrutar de esta ventaja (Bickerton, 1994: 193), si bien, desde luego, no a un nivel tan extraordinario como el de ciertas aves, en alguna de las cuales, como el halcón, es proverbial su agudeza. En la evolución de unos habitantes arborícolas como los simios debió de favorecerse un achatamiento de la cara, de modo que la visión de ambos ojos, como en las miras de los prismáticos, llegaron a fundirse y coordinarse. La vista de los primates está *graduada* especialmente para la vida arbórea y la actividad de *trapequista*, de modo que, si uno no quiere darse un buen batacazo, visualizar con precisión las distancia y solidez de la rama a la que se pretende saltar, puede ser de enorme importancia. Ahora bien, la *mudanza* al ecosistema de la sabana aportó unos condicionantes ópticos nuevos en la vida del homínido, sobre todo en razón de sus amplísimos horizontes, aunque no debió de significar una merma de su potencia visual. Más bien lo contrario. Y ello también comportó, a la larga, importantes ventajas. En los bosques húmedos, donde el nicho ecológico de los simios arborícolas era relativamente pequeño, no es necesaria una visión para largas distancias. En cambio, en los vastos espacios de la sabana, una vista de *marino* se hacía indispensable para localizar alimentos. En tal coyuntura nuestra capacidad de contemplar enormes paisajes y nuestra necesidad de procesar toda esa ingente información simultánea y no seriada debió de contribuir no poco a dar trabajo extra a nuestro cerebro y, en consecuencia, a aumentar su tamaño (Bickerton, 1994: 193) y además probablemente a desarrollar su inteligencia. En el nuevo *habitat* los primeros homínidos se vieron obligados a convertirse en versátiles exploradores y buscadores de comida. La evolución favoreció la curiosidad y observación del simio terrestre, unas cualidades que vemos tempranamente patentes en la edad infantil con esa *manía* de los niños por preguntarlo todo; ya Bickerton (1994: 198) notaba: “la principal diferencia entre el contenido de las expresiones de los antropoides y el de los niños es que, mientras que las primeras se refieren solamente a las necesidades de la criatura, las de los niños muestran un intenso interés en reconocer y clasificar los objetos del entorno inmediato. Los chimpancés tienen pocos enemigos o competidores y abundantes fuentes de alimentos, de manera que tienen poca motivación para investigar su entorno”.

Ahora bien, el cambio de entorno comportó asimismo una mayor exposición de los homínidos a peligrosos depredadores. Una buena visión se hacía indispensable no sólo para localizar alimentos sino también para protegerse de las fieras, tanto para depredar cuanto para no ser depredado. Y,

aparentemente, el precio pagado fue muy alto. Al denominado *niño de Taung*, procedente de Sudáfrica y uno de los primeros y más famosos fósiles, los especialistas le asignan una antigüedad superior a los dos millones de años. El cráneo del niño, que no tendría más de cuatro años, fue encontrado junto a restos de otros habituales manjares de la *dieta* de los depredadores de la zona. Aparentemente este viejísimo chavalín fue decapitado, lo que indica una muerte violenta. Según algunos, fue presa de un águila; en todo caso, parece muy probable que fuera víctima de un poderoso depredador. De suerte que, si la visión frontal constituía entre los árboles una protección suficiente, en los amplios espacios de la sabana suponía una considerable merma panorámica y, consecuentemente, también de sus facultades defensivas, un arriesgado *bajar la guardia* ante unos cielo y tierra inmensos y repletos de peligrosísimos enemigos. Se ha estimado que, ya a *garras* de águilas, leopardos, hienas u otros predadores, el destino de muchos de los australopitecos conservados fue bien similar al del desdichado niño de Taung. En suma, en el devenir hacia el hombre y por razones de adaptación la visión se hizo una característica incluso más importante, todavía más singular, aun más suya.

MUDO MUNDO

Pero, mientras algunas necesidades adaptativas en el curso de la evolución enfatizaban la relevancia de la visión en los primeros homínidos, simultáneamente otras circunstancias —de naturaleza más opaca y carácter quizá más bien interno— debieron de propiciar una especialización suma de otro órgano: el oído. Tal desarrollo tuvo mucho que ver con la emergencia del habla, a su vez probablemente derivado de un acontecer anatómico como fue el descenso de la laringe. Hasta aquí, el desarrollo más o menos simultáneo de órganos, caracteres o habilidades en un ser vivo no tiene nada de especial. Sin embargo, en el caso de nuestros remotos antepasados se dio la coincidencia —también posible pero biológicamente menos frecuente en el mundo animal— de que ambos órganos vinieron a colaborar en lo que, en la práctica, resultaba una misma función: la comunicación. Ahora bien, en esta colaboración se producía un evidente y clamoroso des[bar]ajuste, una vez que mientras una buena parte de la información, conocimientos o experiencias que uno mismo se procuraba era de origen visual; en el caso de que esa misma información, conocimientos o experiencias procedieran de otros, la recepción era básicamente auditiva. Por tanto, en esa función comunicativa, se hacía necesario también un cierto trasvase de información visual a la auditiva. Así pues, en el habla humana suele subyacer una metaestesia de doble dirección: básicamente de lo visual a lo auditivo cuando hablamos, y básicamente de lo auditivo a lo visual cuando

nos hablan. *Veamos* ahora algunas de las implicaciones glotogónicas –es decir, para el origen del habla humana– que pudo tener este doble proceder.

Puesto que el signo comunicativo mejor es el signo más económico, es decir, el que presenta referencia y motivación más directas, entonces el ícono sonoro, la onomatopeya, debe de ser el signo más primitivo. Pero la razón por la que no hablamos exclusivamente con onomatopeyas, sino que más bien las utilizamos poco, es obvia. Resulta que, en comparación con la escritura, el habla cuenta con grandiosas limitaciones en lo concerniente al empleo del iconismo, es decir, de la reproducción aquí de sonidos, y ello principalmente porque nuestro percibir el mundo es, como venimos diciendo, esencialmente visual. Sin embargo, para toda esa ingente información nuestros virtuales íconos sonoros son poco numerosos. Comparativamente el mundo nos es un referente mucho menos audible que visible: cielo, hierba, hormigas, luna, manos, mariposas, nubes, ojos, piedras, tierra, troncos... son referentes sordos para nosotros; el arroyo, las hojas de los álamos, la lluvia, el viento son apenas entidades rumorosas; sólo algunos animales, como búhos, ovejas o perros, suelen ser sonoros, mientras piedras y troncos, el arroyo y la lluvia, ovejas y búhos son todos ellos visibles...

Pero, además, para toda esa ingente base de datos nuestros virtuales íconos sonoros no sólo son poco numerosos, sino que además son potencialmente poco representativos, ya que por obvias razones prácticas en la mayoría de los casos el signo sonoro y natural en su forma sólo lo emplearemos con significado parcialmente convencional, es decir, no como ícono, sino como índice, en una relación, por tanto, ya más indirecta entre significante y significado. Onomatopeyas bien reconocibles cuales /beé/, /grr/, /guaguáu/, /múu/ o /pío pío/ como verdaderos íconos sólo servirían, en el mejor caso, para ‘balido’, ‘rugido’, ‘ladrido’, ‘mugido’ o ‘piar’, esto es, para los sonidos de los animales, pero no para los propios animales. Sin embargo, como es evidente que estaremos por lo general mucho más interesados en comernos unas chuletas de cordero que en escuchar sus anodinos balidos, más interesados en apartarnos del camino de un león en ayunas que en comentar el volumen de sus rugidos, tenderemos a emplear regularmente aquellos /beé/, /grr/, /guaguáu/, /múu/ o /pío pío/ como índices –por contigüidad– de ‘oveja’, ‘león’, ‘perro’, ‘gallo’, ‘vaca’ o ‘pájaro’. Incluso cuando el mundo suena, su sonoridad no siempre representa nuestros intereses. O apetitos y apetencias.

LA VISTA ES LA QUE TRABAJA

La relevancia de la visión es además patente en el habla en variadas *formas*, como notoriamente en la posibilidad de organizar la lengua en sus diversos

aspectos –básicamente fonología, morfología y léxico– según la percepción visual, ya que esta puede suministrarnos mayor y más precisa información que nuestros pabellones auditivos, aunque el tamaño de estos pueda ser digno de un príncipe galés. La vista es la que trabaja.

Para comprender la relevancia de la vista en el origen del habla y en la generación de las lenguas podría ser de interés fijar nuestra atención tanto en las lenguas *primitivas*, es decir, en las lenguas pertenecientes a culturas de caza y recolección, cuanto en las lenguas *embrionarias*, es decir, en el habla infantil y en las lenguas bastardas, sobre todo en las sabires (no maternas) antes que en las criollas (maternas). En el primer caso, aparentemente –nunca mejor dicho– la relevancia de la vista podría estar relacionada con la importancia concedida a la percepción visual –literalmente vital– en estas comunidades, de modo que la relevancia de la forma, tamaño, espacialidad o cualesquiera otras de sus manifestaciones en esas lenguas parece deberse también a esa misma causa. En el segundo, la relevancia de la vista en las lenguas bastardas y en el habla infantil podría tener que ver con el hecho de que lo visible representa un código común mucho más accesible y objetivo al que atenerse cuando hay deficiencias en la comunicación, es decir, en una comunicación como *bajo mínimos*.

No obstante se insistirá en que, aunque especialmente en esos dos ámbitos primitivos y embrionarios de las lenguas los ejemplos suelen ser más ilustrativos, ello, como veremos, no significa en modo alguno que el fenómeno no sea perceptible en lenguas pertenecientes a sociedades incluso hipertecnológicas. Anticipemos de hecho que de modo general la apariencia, el más conspicuo producto de la vista, parece un factor capital en las lenguas, fenómeno que aquí en concreto examinaremos en sus tres aspectos probablemente fundamentales de forma, tamaño y espacio.

LA FORMA INFORMA

Notoria manifestación de la forma en muchas lenguas –sobre todo de comunidades venatorias– se da en la propensión a utilizarla como una especie de clasificador semántico de los diversos referentes, sea a nivel fónico, morfológico o léxico. Así, de modo general en el nivel fónico entre los bosquimanos, según Bernárdez (1999: 142), el chasquido labial /ʘ/ suele asociarse a un conjunto de cosas apretadas, el dental /t/ a lo largo y flexible, el alveolar /d/ a cosas abombadas, el lateral /l/ a algo alargado, y el palatal /j/ a algo espeso. Morfológicamente entre los bosquimanos dui (G/wi) son, por ejemplo, de género masculino los animales machos (humanos incluso) y los andrónimos, pero también los objetos elongados –verosíblemente, conjeturamos, por asociación fálica, así también para objetos nuevos como las

eyaculantes escopetas y los cartuchos— mientras que las entidades redondeadas —digamos *curvilíneas*— son consideradas femeninas (Silberbauer, 1983: 157s y 162s). Parecidamente una de las clases nominales del zulú utiliza la longitud o extensión, así para *umonya* ‘pitón’ o *uthi* ‘comunidad’, como principal criterio organizativo (Campbell, 2000: 1809). Por su parte, en andamanés los prefijos indican las propiedades físicas —visibles y táctiles: extensión, fragilidad, flexibilidad, redondez...— del referente (Campbell, 2000: 84).

Parecidos criterios de conceptualización resultan tan económicos, productivos y *evidentes* que no puede extrañarnos verlos perpetuados y a veces hasta aumentados en su rendimiento en el seno de lenguas de sociedades ya agropecuarias. El chino conoce clasificadores para objetos gruesos, planos, redondos... (Bernárdez, 1999: 205). En indonesio hay más de medio centenar de estos clasificadores basados en la percepción visual y en muchos de ellos es aún clara la referencia a la forma externa de los objetos: finos, redondos, cilíndricos... (Bernárdez, 1999: 205). En quilivila todos los nombres se clasifican según específicas propiedades perceptivas, las cuales en su mayoría tienen que ver con la forma (Senft, 1986: 43 y 68).

Pasando ahora al continente americano, digamos que en inuitutite, ya entre los esquimales, un referente demostrativo es considerado *restringido* si es más o menos equidimensional, como pelotas, cajas, humanos, perros u osos, pero es generalmente clasificado como *extendido* si presenta una notable desproporción en alguna de sus dimensiones, como verbigracia un arpón o una manta, y siempre que además exhiba un mínimo tamaño, pues, pese a su desproporción dimensional, los objetos pequeños (agujas, lápices, tijeras, toallitas...) son considerados restrictos (Mithun, 2001: 135). En el eyaque, en Alasca, la mayoría de los prefijos verbales hace referencia a la forma (Mithun, 2001: 113). Asimismo en algunas lenguas norteamericanas determinados sonidos o fonemas quedan asociados a determinados valores, sobre todo en relación a su intensidad o tamaño, siendo especialmente frecuente la asociación de ciertos fonemas a diminutivos (Mithun, 2001: 31). Yendo más lejos, podríamos decir que los fonemas palatales, sean vocales (V^i , cuales /e/ y sobre todo /i/) o consonantes (C^i , cuales / λ r \int .../ y en general todas las consonantes palatalizadas) se asocian en innumerables lenguas al diminutivo. Aún, como nota la Mithun (2001: 106), en un buen número de lenguas norteamericanas “la forma, consistencia y otros rasgos se reflejan compareciendo con ciertos verbos. Los sistemas mejor conocidos de este tipo son los verbos clasificatorios de las lenguas atabascanas”. En el lago del oso (*Bearlake*), por ejemplo, ‘pásame el té’ se puede decir de cinco maneras diferentes según se conceptúe ‘te’ (*lidí*, una copia del francés *le thé*) en una bolsita, en varias bolsitas, como un puñado, en un recipiente cerrado o en un recipiente abierto, de modo que la elección

de la raíz verbal dependerá también de la forma y consistencia del referente (Mithun, 2001: 106-7). En el haida se clasifican los nombres por criterios tan visibles –y táctiles– cuales delgadez, extensión, flexibilidad, lisura, redondez... (Campbell, 2000: 1247-8). También los indios navajos se sirven de prefijos clasificadores, sobre todo con verbos de movimiento, indicativos de si lo que se mueve es redondo y grave, blando o duro, pequeño y sólido y otras varias distinciones (Bernárdez, 1999: 352). En el capítulo léxico, para nuestro ‘comer’, por ejemplo, en navajo, aparte de una forma general –o quizá más precisamente para ‘comer algo indeterminado’– encontraríamos siete formas equivalentes dependiendo sobre todo de la apariencia y tacto de lo comido, de si es cárnico, duro, foliáceo, líquido, pulposo, redondo o variado (Moreno, 2000: 107). También el apache añade clasificadores a los verbos para indicar si se refiere a objetos largos y rígidos, planos y flexibles, masas espesas... (Bernárdez, 1999: 205). En chipeuyano el equivalente a nuestro ‘hay-está situado en’ se dirá de distinto modo según su referente sea una entidad artificial, contenedora, despierta, durmiente, elongada, funiforme o serial, granular, inanimada sólida o compacta, líquida y muerta, y utilizándose de modo general la categoría verbal de entidades sólidas y compactas para aquellas entidades otramente no clasificadas (Mithun, 2001: 107-8).

EL TAMAÑO NO LO ES TODO

También la referencia al tamaño constituye un elemento muy común en la lengua de los cazadores y en general en las comunidades hipotecnológicas. Ello se manifiesta en la existencia de diversos procedimientos para indicar la magnitud de un referente, como si se tratara de una primera elección binaria. El más básico de estos procedimientos parece ser el recurso al diminutivo, aunque tampoco es infrecuente el aumentativo. La frecuencia de tal fenómeno hace que sean abundantes los procedimientos morfológicos –y no sólo léxicos– en tales casos. A cambio de eso y acaso también como reflejo del modelo esencialmente igualitario de su cultura, en las bandas de cazadores y recolectores la notación de la gradación (comparativos y superlativos) parece ser menos frecuente, así entre los duis (Silberbauer, 1983: 164). El diminutivo es, como es bien sabido, una de las más importantes características del habla infantil, para la que resulta del todo apropiado tanto por sus connotaciones afectivas (*abuelito*, *mami*...) cuanto por la verdadera necesidad de atender a referentes de menor tamaño del usual (*cucharita*, *sillita*...) cuando no se dispone de léxico específico (*cuna* frente a *cama*).

El diminutivo, además, permite, por diacrónicas metonimias o por sincrónicas sinestesias, un gran abanico de posibilidades significativas, resultando así

muy económico su empleo, de modo que su presencia es comunísima en las lenguas, donde contrastes cuales diminutivo ~ neutro, afectivo (diminutivo / aumentativo) ~ neutro o bien diminutivo ~ aumentativo son muy frecuentes (Jakobson & Waugh, 1980: 246). Sólo ya por esta razón es, por cierto, bastante insólita la situación descrita por la Lingüística Indoeuropea tradicional, la cual no reconoce siquiera la presencia de diminutivos en la lengua común, cuando no faltarían, en nuestra opinión, indicios para reconocer antiguos diminutivos en el origen de un buen número de formas de los temas en *-i-* e incluso de los temas en *-u-*, algo además muy congruente con la general idea de que en una lengua una misma alternancia fónica no puede ser a la vez gramatical y simbólica (Jakobson & Waugh, 1980: 248), y que, en caso de perceptibles afinidades entre una y otra función, la gramatical suele ser reciente y la simbólica suele ser antigua, y no viceversa. Más aún: una buena cantidad de datos sugiere que los conceptos de simbólico y gramatical podrían ser redefinidos convirtiéndose en un contraste entre opcionalidad y obligatoriedad.

En todo caso, el tamaño parece un concepto siempre muy básico y propenso a gramaticalizarse, convirtiéndose ya en morfología, ya en léxico. Así pues, siguiendo la habitual transferencia semántica, el expediente para referirse originalmente a una distinción de tamaño puede acabar dando origen a nuevos términos (metalexicalización) o a nuevas categorías (metamorfologización). Por ejemplo, en muchas lenguas el opcional diminutivo puede perder su originaria referencia contrastiva al tamaño para acabar conformando nuevo léxico, de modo que *bolsillo* no es [ya] el diminutivo de *bolso* sino algo distinto. Virtualmente, pues, al menos todas las lenguas que disponían de notaciones optativas de tamaño, han tenido la posibilidad de conformar obligatorias distinciones léxicas. El fenómeno, de hecho, parece bastante extendido. El cebuano empleó sufijos diminutivos castellanos cuales *-ito/a* e *-illo/a* para establecer diferencias semánticas, así en *búl*sa ‘bolsillo’ ~ *bolsita* ‘bolsita de papel’ (Sala, 1998: 218), es decir, hizo ni más ni menos lo que históricamente ha venido haciendo el propio español (*campana* ~ *campanilla*, *cuchara* ~ *cucharilla*, *manteca* ~ *mantequilla*...) y tantas otras lenguas.

Por elementales razones adaptativas, en las comunidades hipotecnológicas el tamaño puede resultar más importante e interesante que otros aspectos más relevantes, en cambio, en el seno de sociedades tecnológicas. Así para los bosquimanos dui la “falta de distinción entre los vástagos de hombres, animales y plantas refleja, probablemente, la preocupación del cazador-recolector por el tamaño como determinante de valor económico. A diferencia del pastor, a quien interesa la madurez física y la capacidad productora de sus animales, el cazador puede equiparar la juventud con la pequeñez en lo que concierne al contenido del alimento” (Silberbauer, 1983: 167), entre los

mismos dui, por ejemplo, la forma para referirse a la noche propiamente dicha –después de las 22 horas más o menos– es ‘gran noche’ (Silberbauer, 1983: 142). Es sabido, por otra parte, que de modo general en las lenguas cuchíticas el género gramatical se asocia más al tamaño que al sexo, de modo que lo grande se asocia a lo masculino y lo pequeño a lo femenino (Del Moral, 2002: 163). Parecidamente en el tlinguite o coluchano el sufijo colectivo puede también hacer referencia al tamaño (Del Moral, 2002: 148).

EL ESPECIAL ESPACIO

Quizá, no obstante, antes que la forma o el tamaño, la notación del espacio constituyó la más urgente e importante de las necesidades comunicativas visuales del hombre. Y del homínido. La razón es que la ampliación del ecosistema de nuestra especie tuvo como lógico resultado la necesidad de buscar alimento en un territorio y, en consecuencia, durante un tiempo considerablemente mayores, tan mayores que le llevó, en unos 100.000 años, a ocupar prácticamente todo el planeta habitable. Y en ese contexto la comunicación de las fuentes de alimentación detectadas o descubiertas requería, por supuesto, alguna precisión sobre el espacio.

En numerosas lenguas de culturas en contacto con la naturaleza la notación del espacio puede ser muy precisa. Para muchas culturas, dada su actividad o su entorno, el adónde puede ser no menos importante que el dónde, y tan importante el nombre del camino u hodónimo como el nombre del lugar o topónimo. El afaro utiliza postposiciones para sólo cuatro funciones, siendo dos de ellas las correspondiente a la ubicación y a la dirección (Del Moral, 2002: 48). El abjaso dispone de una compleja serie de preverbios para indicar y ubicación y dirección (Del Moral, 2002: 44). En el nisga, en la Columbia británica, el número de marcas espaciales es enorme; sólo, por ejemplo, para indicar ubicaciones pueden emplearse más de una cincuenta de prefijos, los denominados *locativos proclíticos*, incluyendo nociones tan precisas cuales ‘contra corriente’, ‘a favor de la corriente’, ‘a mitad de camino’, ‘al final de una hilera’, ‘cóncavo cara arriba’, ‘cóncavo boca abajo’, ‘colina arriba’, ‘colina abajo’... (Mithun, 2001: 147). Parecida precisión espacial encontramos en otras muchas lenguas americanas, como el caruque (Mithun, 2001: 436).

En este punto y por no remontarnos más allá de unos 150.000 años, ha de recordarse la capital contingencia de que también los *homines sapientes* u hombres anatómicamente modernos –es decir, nuestra especie actual– eran esencialmente cazadores y recolectores, como todos los *homines* y homínidos que les precedieron o con los que convivieron. Pero además eran nómadas. Un detalle, como de inmediato veremos, de lo más trascendental.

En efecto, de no ser por esta última circunstancia, diríamos que los intereses semánticos de aquellos primates *degradados* que ahora buscaban sus alimentos no ya en las copas arbóreas sino en las capas terrestres, se moverían en la órbita de la pura topografía, en la descripción de accidentes ecogeográficos (*laguna, llano, monte, río...*). Sin embargo, para el que está en movimiento, el monte arriba puede ser el monte abajo dentro de unos minutos, y lo lejano puede devenir cercano tras unas horas de buena caminata. Había que contar también con la inestabilidad climática y geológica, un factor que hacía recomendable el empleo de formas —la cuadratura del círculo— a la vez flexibles y a la vez precisas. Una laguna podía ser sólo una charca unos días después o viceversa, de modo que el cambiante entorno no era siempre una indicación segura o fidedigna. Era como ubicar por la inestable posición del sol ¿Qué hacer los días nublados? Al viajero, al bohemio, al gitano, al beduino, al nómada, en suma, le interesan sobre todo los caminos, la información sobre las distancias, direcciones y ubicaciones. Mas ¿cuál podría ser ese flexible y relativo y a la vez preciso y útil indicador para sus erranzas? Quizá el fenómeno más importante donde se manifiesta la relevancia de la visualidad en el habla humana, sea la emergencia, aparentemente planetaria, de una categoría morfológica especialísima: los demostrativos. Se trata de una megacategoría tan *galáctica* que realmente merece un pormenorizado estudio aparte, lo que consecuentemente, por cierto, hubimos hecho en otro lugar.

VOCES VERDADERAS, VOCES OLVIDADAS

Etimología es un término de origen griego, un compuesto sobre *étimos* (ἔτιμος) ‘verdadero’ y *lógos* (λόγος) ‘palabra’, de modo que etimológicamente *etimología* significaría el estudio de las verdaderas palabras. Para un lingüista histórico y técnicamente *pro-histórico* bien podría defenderse que la etimología es la verdadera ciencia lingüística. Al fin y al cabo, la morfología no es más que un conjunto de palabras, de comunes nombres o a menudo banales verbos que han sido gastados y desgastados en su forma y su significado, un conjunto, en definitiva, de voces olvidadas. Por eso, cuando la recuperación del sentido pristino de las palabras es posible, el resultado es extraordinariamente iluminador no sólo para el léxico sino también para la morfología, y lo es, pues, para la Lingüística, pero también para la Historia y lo que viene antes de la Historia. Propósito de las siguientes líneas es rescatar de nuestras notas de lectura sólo unos pocos de esos testimonios, justamente los que consideramos más iluminadores. Y a propósito de iluminaciones.

Dada su amplia documentación, hay pocas dudas de que para ‘sol’ la raíz indoeuropea empleada debía de ser poco más o menos **saul-* o quizá **sual-*; a

esta raíz y con este básico significado pertenecerían formas cuales, por ejemplo, danés *sol*, galés *haul*, griego *hēlios* (ἥλιος), gótico *sauil*, latín *sōl*, lituano *saulė*, ruso *solnce* o védico *suar*. La forma podría muy bien ser tabuística, como sugieren el empleo de formas en realidad adjetivales (como griego *hēlios*; Bonfante 1986: 129) o la posible metátesis de la raíz (**saul-* / **sual-*), pues ambos son expedientes comúnmente empleados para evitar mencionar en su exactitud —y poder— un término. Mas de aquel general valor de ‘sol’ para tal raíz se apartan el irlandés, donde *súil* es ‘ojo’ y —probablemente— el tocario con un *sol*, *śaul* pero significando ‘vida’ (Pobožniak, 1986: 252), de modo que la misma raíz indoeuropea pudo dar —como enseguida veremos— ‘ojo’ y metonímicamente ‘vida’.

Ciertamente ese último valor de ‘vida’ parece más fácil de explicar, dada la natural asociación entre el sol y la vida. El empleo del sintagma ‘aquí en la luz’ con el sentido de ‘en esta vida’ en las oraciones de los hopios (Mithun, 2001: 287) debe de responder a un similar razonamiento. También en rumano ‘luz’ (*lume*) con el sentido de ‘mundo’ debe de tratarse de un calco eslávico, una vez que ya en el antigua lengua eclesiástica de los eslavos *svěť* era ‘luz’ y ‘mundo’, pero siendo ‘luz’ su valor originario, pues de la misma raíz encontramos en el mundo indoeuropeo formas cuales alemán *weiß* ‘blanco’, antiguo indio *śveta-* ‘blanco’ o lituano *šviesti* ‘lucir’; la relación es todavía translúcida en muchas lenguas eslávicas (cf. polaco *świat* ‘mundo’ y *światło* ‘luz’). Ojo-luz-sol-mundo-vida...

Pero la denominación de los irlandeses en principio puede parecer algo sorprendente, pues ¿qué tiene que *ver* el sol con los ojos? Al menos no hay un parecido tan evidente entre ‘sol’ y ‘ojo’ como para justificar una metáfora. Y eso que la cosa no es sólo asunto de irlandeses: ya entre los egipcios, como entre otros pueblos, el ojo derecho se relacionaba con [la luz d]el sol, razón además por la que no se debía —desafiadoramente— mirar al sol, cuyos rayos son siempre más poderosos (Flores, 2000: 215). En el mismo antiguo Egipto, donde el halcón era adorado como una divinidad cósmica, los ojos de este representaban, de hecho, el sol y la luna; y las alas del halcón, el cielo (Wilkinson, 1995: 85, 103). Acaso, pues, en todo este asunto haya algo más que una metáfora. *Fiat lux*.

DOS OJOS COMO DOS LUCEROS

Una metonimia que nos es bien conocida a los latinos es la que asocia el ‘ojo’ a la ‘luz’, y nos es bien conocida al menos desde los poetas romanos, quienes, habiéndola trajinado de la correspondiente ‘luz’ o *phōs* (φῶς) de los griegos, llamaban *lūmina*, es decir, ‘luce[ro]s’ a los ojos, lógica y especialmente

a los ojillos de las amadas. Pero la asociación tiene una motivación ideológica –sospechamos– mucho más profunda y antigua. En efecto, está bastante extendida en el planeta la idea de que la visión humana es resultado de la luz que nosotros mismos proyectamos, de modo que los ojos actúan como una especie de linternas, como dos faros o lucernas que iluminan las cosas, gracias a lo cual vemos. En Ennio (Festo 386,35 Lindsay), por ejemplo, se lee: *postquam lumina sis oculis bonus Ancus reliquit* o “tras quedar sus ojos sin luz el bueno de Anco” para indicar la muerte del susodicho. Desde luego, la idea debía de estar extendida en el mundo céltico, ya que en algunas de estas lenguas, cuales bretón con *lagad* o córnico con *lagat*, encontramos para ‘ojos’ un término cuya etimología nos lleva a la raíz indoeuropea **lauk-* ‘claro-claridad-luz-luminoso’ (Bednarczuk, 1988: 721), la misma que *lux* ‘luz’ en latín, la misma, en definitiva, que *lumina* ‘luceros’, pues ambas formas proceden de aquella raíz. La misma asociación entre ‘ojos’ y ‘luz’ podría también explicar por qué en el espokane (*Spokane*), una lengua indígena norteamericana, un mismo sufijo léxico incluye ambos significados junto a otros fácilmente explicables como metáforas o metonimias de ‘ojo’, pues, en efecto *-us* contiene los significados de ‘ojo-cara-cuello-barriga-ventana’ y... ‘fuego’ (Mithun, 2001: 48). Significativamente en el lenguaje de gestos de los indios de las praderas americanas para *pronunciar* la palabra ‘ver’ se extendían los dedos corazón e índice, mientras los otros quedaban replegados, situando la mano delante de los ojos y apuntando esta hacia el exterior (Bernárdez, 1999: 217). Asimismo el samoano, como otras lenguas polinésicas, trata ‘ver’ como un verbo de movimiento presentando el objeto visto como un lugar ‘adónde’, es decir, con construcción sintáctica parecida a la que requieren nuestros ‘dirigirse’, ‘ir’ o ‘llegar’ (Bernárdez, 1999: 217). En esa línea de relación entre la luz y la vista estaría también la probable asociación entre albanés *dritë* ‘luz’ y griego *dérkomai* (δέρκομαι ‘mirar [de modo penetrante]’ (cf. expresiones como *pŷr ophthalmōisi dedorkōs* o *πῦρ ὀφθαλμοῖσι δεδορκώς* “tras mirar con ojos de fuego”).

No extrañará ahora tampoco el hecho de que “el depender la visión de la luz esté reflejado en varias formas para ‘ver’ o ‘mirar’ y que están relacionadas con otras para ‘luz-brillo’” (Buck, 1988: 1041). Citemos de la mencionada raíz **lauk-* el helénico *leússō* (λεύσσω) ‘contemplar’, letonio *lūkuot* ‘observar’ (cf. de esa misma raíz lituano *laukti* ‘esperar’ y prusiano *laukīt* ‘[per]seguir’) o sánscrito *lok-* ‘mirar’. *Item* las raíces eslavicas que encontramos, por ejemplo, en checo *zrak* o polaco *wzrok* ambos ‘vista’ o en checo *hledět* y en ruso *gljadet* ambos ‘mirar’, están respectivamente relacionadas con, por ejemplo, el alemán *Glanz* ‘brillo’ y el lituano *žerėti* ‘resplandecer’ (Buck, 1988: 1044).

Para el término ‘ojo’, en concreto, en las lenguas indoeuropeas la raíz más común es **ak-*, tal como encontramos en armenio *akn*, antiguo eslávico

oko, latín *oculus*, lituano *akis* o el tocario oriental *ak*. La forma latina *oculus* es habitualmente considerada como conteniendo un sufijo indicador de animación o agente, así Ernout y Meillet (1979: 458), Bonfante (1986: 292), André (1991: 49) y muchos otros, pero un carácter *animado* le haría más sujeto al tabú (véase *infra*); antes bien, la presencia de los indicios de renovación e hipercharacterización tan propias de los diminutivos sugiere que *oculus* debe de ser lo evidente, es decir, un diminutivo como lo será también [renovadamente] *ocellus* y, como hemos propuesto en otro lugar, puede serlo también originalmente el lituano *akis*. En cualquier caso, lo sorprendente es la afinidad que esta raíz guarda con otra muy similar, aunque con un significado bien diferente, tal como vemos en formas cuales las del helénico *akmē* (ἀκμή) ‘punta-corte’, *ákmōn* (ἄκμων) ‘yunque’, hitita *aku-* ‘piedra’, antiguo indio *ásáni-* ‘punta de flecha’, latín *acūmen* ‘punta’, *acus* ‘aguja’, lituano *akmuo* ‘piedra’ y *ašmenys* ‘filo de la navaja’, persa *ās* ‘piedra de molino-muela’, significados que nos conducirían aparentemente a un valor originario de ‘piedra pulida-piedra tallada’ o similar. Más sorprendente es la especialización semántica de ‘cielo’ que encontramos también para esta raíz en lenguas como el avéstico (*asman-*) o el antiguo indio (*ásman-*). También el mismo helénico *ákmōn* conoce, junto a su valor de ‘yunque’, otro valor de ‘meteorito’ y ‘cielo’, según una glosa de Hesiquio (Mayrhofer, 1986: 137). Usualmente estos hechos se explican, tal como hemos explicado en otro lugar, por una concepción del cielo como un techo o bóveda pétreo, como ocasionalmente corroborarían la caída de partes de ese cielo en forma de piedras, es decir, meteoritos o quizá granizo.

EL OSCURO ENIGMA DEL ÁMBAR

Pero entonces si se denomina ‘sol’ al ojo y ‘piedra’ o algo parecido al cielo ¿podría denominarse también ‘piedra’ al ojo como sugeriría la probable existencia de una raíz o al menos base radical **ak-* común para ‘ojo’ y para ‘piedra’? Aparentemente esto es lo que se habría hecho en ruso con *glaz* ‘ojo’ a partir de un significado originario de ‘piedra-bola brillante’, como además permite deducir el polaco *glaz* ‘piedra-roca’, que a su vez probablemente remite al germánico *glas* ‘ámbar’ (Buck, 1988: 225), una forma ya documentada en época romana (cf. Tácito, *Germ.* 45: *gl[a]esum*). Curiosamente el ámbar, portado verbigracia en un collar, es uno de los socorridos artilugios empleados al menos en la tradicional superstición hispánica contra el mal de ojo (Flores, 2000: 185). En una hipótesis mucho más arriesgada aquella raíz indoeuropea podría relacionarse también con la preforma chádica **aku* ‘fuego’ (Newman,

2000: 264). En cualquier caso, también allí tendríamos una metáfora relacionando una entidad iluminadora con los ojos.

Por otra parte, también la vista se asocia, por lo general, negativamente a muchas ideas y rituales mágicos. Nuestro término *envidia* contiene, como aún es relativamente perceptible, la raíz indoeuropea más extendida para ‘ver’, **uaid-*, reflejando probablemente el término más genérico, es decir, ‘ver’ sin más. La forma latina de procedencia *invidia* así como el verbo correspondiente *inuidēre* suelen relacionarse, en cambio, con otra práctica negativa como es el mal de ojo, el aojamiento. Esta práctica está extendida en tantas culturas que según la Burne (1997: 59) quizá “no exista una creencia más generalizada que la del mal de ojo”. A veces este creer se manifiesta de manera drástica, así los todas de la India cubren la cara del bebé hasta los tres meses para protegerlo del mal de ojo (Murdock, 1981: 103), como para otros muchos pueblos también para los todas el mal de ojo es una de las causas fundamentales de las enfermedades (Murdock, 1981: 107). Los cazajos temen tanto el mal de ojo de los pelirrojos que los niños están dispuestos, para combatirlo, a beberse un *chupito* de agua, arena y orines (Murdock, 1981: 135). El mal de ojo, en efecto, se atribuye –amén de a jorobados, tuertos, bizcos y otros– a los pelirrojos en muchos lugares (Flores, 2000: 186). También en vascuence el término para ‘envidia-envidioso’, *bekaitz*, compuesto de *begi* ‘ojo’ y *gaitz* ‘malo’ (Michelena, 1995: 125 n35), manifiesta una clara relación entre la envidia y el mal de ojo. Esta analogía, el probable valor negativo de *in-* en el *invidia* latino y el parangón con formas cuales las lituanas *pavydas* ‘celos’ y *pavydus* ‘celoso’ o afines, verosíblemente procedentes también de aquella raíz indoeuropea **uaid-*, hacen pensar que la noción romana de envidiar deriva muy ciertamente de la de aojar, práctica con buena documentación en esta cultura (cf. Virgilio, *ecl.* 3, 103) y que, por tanto, bien podría estar en la medula –como étimo, como palabra verdadera– de su significado.

Por lo demás, [aún] hoy empleamos expresiones como ‘no puede ver a fulanito’ o similares para indicar la tirria que uno siente por otra persona. Ciertamente la simple visión de nuestros enemigos o de las personas odiadas puede y suele alterar gravemente nuestro estado. En algunas lenguas, de facto, ‘ver’ recibe un sujeto paciente. En lesguiano, una lengua daguestánica, ‘ver’ como los demás verbos de percepción y de sentimiento necesitan un dativo, el caso por antonomasia del afectado, como sujeto (Campbell, 2000: 981). Es, en todo caso, *evidente* que al ojo siempre se le ha dado un gran valor. La expresión *dexter ocellus* literalmente nuestro ‘ojito derecho’ era ya empleada por los romanos (así en *C.I.L.* 4,8347) en referencia a la amistad.

En fin, junto al tacto, la respiración –aliento o sopl[id]o– o la saliva, la mirada es en muchas culturas uno de los medios por los que la magia actúa

(Burne, 1997: 53). Para la mirada en concreto el venerable manual de Burne (1997: 59) proporciona estos curiosos ejemplos: los cingaleses creían que al pintar unos ojos en una simple piedra, esta se convertía en una deidad y la colocaban ante un espejo para así aprehender su primera mirada; también en Samoa se consideraba que la mirada de determinados sacerdotes era venenosa para los coco[tero]s y el árbol del pan; incluso en el Londres decimonónico [todavía] algunos creían que la mirada de un varón podía dejar embarazada a la mujer. Quizá de similares creencias provenga, en última instancia, la práctica de tapar o velar a las mujeres en algunas culturas. Sabido es también que a las miradas de ciertos animales, como en Europa notoriamente las de la serpiente y del lobo, se les atribuye propiedades mágicas, normalmente aterradoras.

OJOS QUE VEN, CORAZÓN QUE SIENTE

Por otra parte, y abundando en la importancia lingüística de lo visual, digamos que en numerosas lenguas se dispone de muy diversos términos para ‘ver’. En sede indoeuropea, junto a un término genérico como **uaid-*, se distinguen muchos otros y específicos *veres*. Algunas lenguas indoeuropeas, por ejemplo, presentan también una raíz común **dark-*, cuyo significado, a juzgar por derivaciones y campo léxico donde opera, podía ser el de ‘mirar [fijamente]’. Y aun: el término *especie* procede del latín *speciēs* ‘apariencia’ y como *aspectus* se relaciona con un verbo que significa ‘ver-aparentar’, se trata de un término muy genérico, de suerte que acaso la primera clasificación obvia para los latinos era la establecida según la apariencia de las entidades. Como el griego *eídos* (εἶδος), el latín *species* desarrolló el sentido abstracto de ‘clase-tipo’ a partir de otro más concreto de ‘aspecto-apariencia’. Nótese también que en latín ‘despreciar’ era *dēspicere*, literalmente ‘mirar de arriba abajo’ o, como diríamos hoy, ‘mirar por encima del hombro’.

Etimológicamente además la antigua forma irlandesa *fil* para ‘hay-existe’ es una forma del verbo ‘ver’ (Bednarczuk, 1988: 673), de modo que ese etimológicamente ‘[se] ve’ era ‘existe’ para un antiguo irlandés, algo parecidamente usamos nosotros la locución ‘se ve [que]’ para ‘parece [que]’. Como cabría esperar, tampoco falta material morfológico donde la noción de ver esté bien presente, lo que tampoco dejaría de ilustrar la gran significancia del ver en el hablar. Curiosamente tal como el latín prefirió pronombres indefinidos sobre ‘gustar’ (*quilibet*) o, como nosotros, sobre ‘querer’ (*quīvis, quinquiera*), el prusiano lo hizo sobre ‘ver’, así *kawīds* ‘cual’ y *stawīds* ‘tal’ son compuestos sobre la mencionada raíz **uaid-*. También la francesísima exclamación *voilà* contiene, como aún resulta reconocible, el imperativo de ‘ver’.

Otrosí, como el resto de la anatomía, el ojo es un riquísimo material para generar más léxico, sobre todo vía metonímica. Por razones que no son difíciles de imaginar, una de las transferencias más trilladas es la verificada entre anatomía y toponimia, es decir, nombres de partes del cuerpo o *somatónimos* son empleados para expresiones espaciales. Para ceñirnos, entre millares de potenciales ejemplos, a la parte del cuerpo que aquí nos interesa, baste señalar casos como el de la denominación de ‘ojo’ a un manantial o a una fuente. Quizá la afinidad entre la raíz indoeuropea más común para ‘ojo’ **ak[u]-* y una raíz **akua-* para ‘agua’ (cf. gótico *ahwa* ‘río’; latín *aqua* ‘agua’) podría también ahora explicarse suponiendo que esta última significaría originalmente ‘ojo de agua’, esto es, ‘agua de manantial-agua de fuente’ *ergo* ‘agua potable’, lo que explicaría también la presencia de otra muy común raíz indoeuropea, **ua[n]da-* para ‘agua’ pero bien distinta y de género mayoritariamente inanimado, así en antiguo eslávico *voda*, griego *hýdōr* (ὕδωρ), hitita *watar*, latín *unda*, lituano *vanduo*; antiguo sajón *watar*, umbro *utur*... En hitita, desde luego, la raíz **akua-* aparece claramente asociada al beber, así *akugalla-* ‘recipiente con agua’, *akuwanzi* ‘beben’ y *ekuzi* ‘bebe’ o *akuwatar* ‘bebida’, como también en tocario y de aquella misma raíz *yoktsi* ‘beber’.

VER PARA SABER Y VISTO PARA SENTENCIA

El nombre hitita, por cierto, para ‘ojos’ es bien interesante, pues en principio *šakuwa* ‘ojos’, como asimismo *šakuwai-* ‘ver’, no derivarían de la mencionada raíz **aku-*. Sin embargo, sea por razones ideológicas –como el frecuente tabú para los nombres del cuerpo– sea por un mero falso corte fonético del tipo de nuestra *sombra* (del latín *umbra*, *ergo* esperaríamos **ombra*) o, en otro orden, un ultracorrecto inglés *adder* ‘culebra’ en vez del esperado **nadder* (probablemente desde una forma con artículo indeterminado *a [n]adder*), quizá la *š-* sea espuria, como también en el término hitita para ‘uña’ *šankuwai-*, con una raíz que por lo demás resulta comparable a la del griego *ónyx* (ὄνυξ) o latín *unguis* significando ambas formas ‘uña’. En verdad no puede extrañarnos el hecho de que un órgano tan vi[s]tal como los ojos sea considerado tabú. En el habla de los chamanes güintúes (*Wintu*), por ejemplo, se emplea la perifrástica expresión *tu-winherestopi* ‘lo visto delante’ en vez de la palabra correspondiente para ‘ojos’ (Mithun, 2001: 287). Uría (1997: 158-74) da buena cuenta de los principales tabúes latinos de este tipo (dedos, lengua, mano izquierda, manos, ojos, sangre...) en su contexto indoeuropeo, recordando en este caso la diferencia avéstica entre *čāšma* para el ojo bueno y *aši* para el ‘mal ojo’ de las divinidades (1997: 158; Ernout & Meillet, 1979: 458).

Tradicionalmente empero a veces la voz hitita se relaciona no con **aku-* sino con otra raíz significando ‘ver’ y que encontramos en el mundo indoeuropeo sobre todo en ámbito germánico, así en gótico *saihvan* ‘ver’ (Danka, 1986: 315, 316). En otro lugar hemos expuesto las razones por las que argumentamos que una raíz **sak[u]-* estaría documentada no sólo en el conjunto indoeuropeo, sino también en muchos otros grandes conjuntos lingüísticos, siendo probablemente su valor originario el de ‘rastrear-seguir [con los ojos]’, de modo que metonímicamente habría dado en muchas lenguas indoeuropeas el valor de ‘[per]seguir’, así en griego homérico *épomai* (ἐπομαι) ‘sigo’, irlandés *sechur* ‘sigo’, latino *sequor* ‘sigo’ o lituano *seka* ‘sigue’ (para la transferencia semántica cf. el citado paralelo báltico con letonio *lūkuot* ‘observar’, lituano *laukti* ‘esperar’ y prusiano *laukīt* ‘[per]seguir’). La raíz sería también reconocible en numerosos etnónimos en varios continentes, lo que ciertamente cuadraría a una actividad común, genérica y antigua como el cinegético rastreo.

El ojo y formas afines y asociadas como ‘aspecto’ o ‘mirada’ entran también en muchas formaciones adjetivales, ya sean derivadas o compositivas. En verdad y hasta cierto punto lógicamente juzgamos mucho por las apariencias, pero si hay que ser concretos, diremos que ojos y mirada suelen constituir el centro, la esencia de nuestros juicios, es decir, sobre todo con nuestros ojos y miradas ponderamos las miradas y ojos de los demás. Los términos *atroz* o *feroz* significa[ría]n etimológicamente ‘oscuros ojos’ y ‘fieros ojos’. Para decir ‘cara’ el tocario oriental decía *ak-mal*, es decir, literalmente ‘ojo-nariz’, casi como el janto (u ostiaco), que dice *ñot-sēm* literalmente ‘nariz-ojo’ (Pobožniak, 1986: 256).

Ha de notarse también que el testimonio de las lenguas indoeuropeas sería congruente con la idea de la supremacía orgánica de la visión al presentar etimológicamente relacionados de modo general los conceptos de ‘ver’ y ‘saber’. En verdad para una mentalidad básicamente espacial ‘ver’ equivale en la práctica a ‘saber-conocer-entender’, sobre todo en sentido resultativo, esto es, con ‘saber’ como resultado de ‘haber visto’. Esta era precisamente la situación que podemos reconstruir para el fondo común indoeuropeo, situación que aún sería reconocible en muchas lenguas indoeuropeas donde es bien *visible* la relación morfológica entre ‘ver’ y ‘saber’. Así ‘sé’ es literal y etimológicamente ‘tengo visto’ (Alinei, 1996: 538-9) en armenio *gitem*, gótico *wait*, griego *[w]oída* ([F]oída) o sánscrito *véda* (cf. aun la proximidad etimológica entre ‘ver’ y ‘saber’ en lenguas como latín *uidēre* ‘ver’ o alemán *wissen* ‘saber’). Compárese también al respecto el uso hispano-sudamericano ¿*viste?* con el valor de ¿*sabes?* Parecidamente, si la isoglosa **gen-*, **gn-* ‘entender-oír’ del

indoeuropeo con el protocartvélico propuesta por Diakonoff (1990: 61) es correcta, entonces la raíz indoeuropea **gan-* documentada en lenguas cuales armenio *caney* ‘he conocido’, antiguo eslávico *znati* ‘conocer’, gótico *kann* ‘sé’, griego *gignōskō* (γινώσκω) ‘conozco’, latín *gnōscō* ‘conozco’, lituano *žinoti* ‘conocer’, sánscrito *jānāti* ‘conoce’... antes de significar ‘conocer-saber’, habría originariamente significado ‘oír’. En cualquier caso, si ‘oír’ podría haber sido ‘entender’, universalmente parece que ‘ver’ es casi lo mismo, lo mismo casi que ‘saber’. Una última *idea*: la más abstracta quizá de todas las palabras occidentales, precisamente *idea*, proviene también de aquella vieja raíz indoeuropea **uaid-* con el significado de ‘ver’ (Bonfante, 1986: 197). Así que una *idea* es etimológicamente una ‘visión’, una ‘escena’. Y esta misma será también la última escena de nuestra [re]presentación.

REFERENCIAS

- Alinei, M. (1996). *Origini delle lingue d'Europa. La Teoria della Continuità*. Bologna: Il Mulino.
- André, J. (1991). *Le vocabulaire latin de l'anatomie*. París: Belles Lettres.
- Arsuaga, J. L. (1999). *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores*. Madrid: Temas de Hoy.
- Bednarczuk, L. (1988). “Języki celtyckie”. In: L. Bednarczuk red., *Języki indoeuropejskie*. Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, II, 645-731.
- Bernárdez, E. (1999). *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza Editorial.
- Bickerton, D. (1994). *Lenguaje y especies*. Trad. M. A. Valladares, Madrid: Alianza.
- Bonfante, G. (1986). *Scritti scelti di Giuliano Bonfante. I Metodologia e indoeuropeo*. R. Gendre cur, Turín: Edizioni dell'Orso.
- Buck, C. D. (1988 [1949]). *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*. Chicago & Londres: The University of Chicago Press.
- Burne, Ch. S. (1997). *Manual del Folclore*. Trad. M. V. Tealdo, Madrid: M. E. Editores.
- Campbell, G. L. (2000). *Compendium of the World's Languages*. Londres/ Nueva York: Routledge, II vol.
- Del Moral, R. (2002). *Diccionario Espasa. Lenguas del Mundo*. Madrid: Espasa.
- Diakonoff, I. M. (1990). “Language Contacts in the Caucasus and in the Near East”. In: T. L. Markey & J. A. C. Grepin press., *When Worlds Collide: The Indo-European and the Pre-Indo-Europeans*. Ann Arbor: Karoma, 53-65.

- Ernout, A. & A. Meillet (1979). *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*. París: Éditions Klincksieck.
- Flores Arroyuelo, F. J. (2000). *Diccionario de Supersticiones y Creencias Populares*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jakobson, R. & L. Waugh (1980). *La charpente phonique du langage*. Trad. A. Kihm, París: Les Éditions de Minuit.
- Martin, A. (1998). "Organization of Semantic Knowledge and the Origin of Words in the Brain". In: N. G. Jablonski & L. C. Aiello (eds.). *The Origin and Diversification of Language*. San Francisco: The California Academy of Sciences, 69-88.
- Mayrhofer, M. (1986). *Etymologisches Wörterbuch des Altindoarischen*. Heidelberg: Winter, vol. I.
- Michelena, L. (1995). "The Ancient Basque Consonants". In: J. I. Hualde, J. A. Lakarra & R. L. Trask (eds.). *Towards a History of the Basque Language*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 101-135.
- Mithun, M. (2001 [1999]). *The Languages of Native North America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Moreno Cabrera, J. C. (2000). *La Dignidad e Igualdad de las Lenguas. Crítica de la Discriminación Lingüística*. Madrid: Alianza Editorial.
- Murdock, G. P. (1981 [1934]). *Nuestros Contemporáneos Primitivos*. Trad. T. Ortiz, México: Fondo de Cultura Económica.
- Newman, P. (2000). "Comparative linguistics". In: B. Heine & D. Nurse (eds.). *African Languages. An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 259-71.
- Palmer, G. B. (2000). *Lingüística cultural*. Trad. E. Bernárdez, Madrid: Alianza Editorial.
- Pobożniak, T. (1986). "Język tocharski". In: L. Bednarczuk red., *Języki indoeuropejskie*, Varsovia: Państwowe Wydawnictwo Naukowe, I, 244-273.
- Sala, M. (1988). *Lenguas en Contacto*. Madrid: Gredos.
- Senft, G. (1986). *Kilivila. The Language of the Trobriand Islanders*. Berlín/ Nueva York/Amsterdam: Mouton de Gruyter.
- Silberbauer, G. (1983). *Cazadores del desierto. Cazadores y habitat en el desierto de Kalahari*. Trad. L. Porta, Barcelona: Editorial Mitre.
- Uría, J. (1997). *Tabú y Eufemismo en Latín*. Amsterdam: Hakkert.
- Wilkinson, R. H. (1995). *Cómo leer el arte egipcio*. Barcelona: Crítica.